

cas, ni en justa reciprocidad contaban con el apoyo sincero y espontáneo de ellas.

Estas son pequeñeces propias de la edad infantil de los pueblos que, como el mexicano, tuvieron por primeras lecturas anécdotas sentimentales de los llamados ciudadanos virtuosos de Grecia y Roma, rebuscadas, aderezadas y sublimadas por los siniestros farsantes que en nombre de la libertad organizaron el Terror del 93, y que cantando himnos á las virtudes, degollaron sin piedad á todo el que no pensaba como ellos. Grande en lo grande y chico en lo chico, los torquemadas del jacobinismo mexicano, que tenían dividida á la nación, irreconciliablemente en apariencia, fueron dignos discípulos de tales maestros. Del mismo modo que el inmortal manchego ponía todo su empeño en imitar á los paladines de la andante caballería, parece que ciertos **padres de la patria** no tenían más ideal que copiar las frases y los gestos del ciudadano griego, romano ó terrorista á quien habían tomado por modelo. A la mano están las crónicas parlamentarias para convencerse de ello. Nada importaba que la patria se desangrase entretanto, presa de la soldadesca desencadenada por los bandos en pugna; lo esencial era desempeñar á conciencia el papel, y escuchar aplausos al final de aquellas vacías discusiones de palabras, que dieron triste celebridad á los congresos con que Juárez luchó penosamente, y que amargaron los últimos años de la vida del Reformador.

De lo que llevamos dicho se deduce que para llevar á feliz término la misión grandiosa y benéficentísima de unir á los mexicanos, se necesitaba sin duda un carácter enérgico y poderoso, pero flexible, como el del General Díaz; y se necesitaba todavía más un genio político no obcecado por las disquisiciones metafísicas que enloquecían á las medianías de esa época; un alma no envenenada por los rencores del vencido, ni por la soberbia del vencedor; y una personalidad cuyos antecedentes fuesen garantía de equidad y de moderación, á la vez que de firmeza inquebrantable en los verdaderos principios del liberalismo.

El General Díaz satisfizo estas difíciles condiciones por-

que durante la era terrible vivió en los campamentos, alejado de los infectos centros de la política y en íntimo contacto y perfecta comunión con el doliente y abnegado pueblo cuyo nombre se profanaba; y es seguro que de las observaciones que hizo en su vida de soldado, dedujo la fórmula salvadora con que puso fin á las discordias fratricidas: México para **todos** los mexicanos.

UNO PARA TODOS Y TODOS PARA UNO

Graves causas de anarquía y de disolución social eran sin duda las que dejamos compendiadas en los capítulos precedentes; sin embargo, aún era más difícil de remover otro obstáculo que se alzaba formidable entre los mexicanos y les impedía unirse para procurar el bien común. Este obstáculo era la idea falsa y exagerada que se tenía del federalismo, principio excelente en sí, pero que para nosotros no fué hasta poco ha, sino una de tantas manifestaciones de cierto inveterado cáncer, del que todavía conservamos huellas sensibles: el **provincialismo**.

Para explicar este aserto, tenemos que remontarnos á la época precontesiana, cuando bajo la hegemonía de los **mexica**, la región central y buena parte de la septentrional del continente americano, estaban habitadas por numerosa teoría de tribus, á quienes dividían, más que la enormidad de las distancias y lo vario de costumbres y religiones, las inconciliables rivalidades de intereses y los enconados é involuntarios rencores que entre ellas existían. El único lazo que ataba á esos pueblos étnicamente heterogéneos y enemigos por conveniencia, era el odioso y crudelísimo del tributo de sangre y dinero á que les había sujetado el común sojuzgador; y es obvio que semejante cadena sólo podía inspirar deseos de romperla y librarse de su pesadumbre cuanto antes.

Al substituir la dominación hispana á la hegemonía **mexica**, los conquistadores tenían la conciencia de que, uniéndose las tribus indígenas, recuperarían fácilmente la li-

bertad. Para evitarlo, con la maquiavélica habilidad que inspira la codicia, desde el primer momento acudieron al so-
corrido y clásico recurso de fomentar los odios y los antago-
nismos que separaban á los vencidos, é impedir todo con-
tacto y toda ocasión de inteligencia entre ellos: "dividir pa-
ra reinar." Tal parece haber sido la idea fija que inspiró la
política colonial, á juzgar por los procedimientos que se em-
plearon en la administración del país conquistado. La ca-
racterística de ellos fué conservar bajo nombres nuevos, las
instituciones tiránicas de los **mexica**, algunas de las cuales se
hicieron aun más duras é inicuas. La división del virreinato
en provincias é **intendencias**, alguna de aquéllas bajo el man-
do directo de la corona, como la capitania general de Yuca-
tán; las trabas irritantes y las pesadísimas gabelas puestas
al comercio interior y al extranjero; y más que todo, la for-
ma y el sistema de recaudación de los impuestos, fueron me-
dios eficacísimos para mantener en la rivalidad y en el aisla-
miento á las razas esclavizadas. A esta obra antisocial é in-
humana cooperaron grandemente la escabrosidad y la exten-
sión del territorio, que han sido los más serios obstáculos
naturales que se han opuesto á la unidad nacional.

He aquí el terreno en que se sembró la siniente del fe-
deralismo, casi á raíz de habérsele puesto fin á la desenfre-
nada y torpe expropiación colonial. Fácil es comprender que
cuando se pronunciaron por vez primera las grandes pala-
bras de soberanía y libertad de los Estados é independencia
de sus poderes, los espíritus, mal ó nada preparados para
practicar el sistema federal en lo que tiene de noble, útil y
benéfico, entendieron por ello el triunfo radical del provin-
cialismo y la deliberación absoluta de todo deber y de toda
carga respecto del aborrecido poder central, que para los
provincianos de esa época, lo mismo daba que se llamase
nación que metrópoli, presidente, rey ó emperador: todo lo
confundían en su rencor de esclavos contra el amo codicioso
y brutal que les había extorsionado durante siglos.

La sutil penetración y el sentido práctico del General
Díaz, deben haberle llevado forzosamente al descubrimiento
de este peligroso pero lógico estado de conciencia de las he-

terogéneas fracciones del pueblo mexicano, desde la época
en que como caudillo sin tribu y jefe sin soldados, peregrina-
ba de estado en estado, sufriendo amargas decepciones
al solicitar ayuda para la defensa de la patria común, en
nombre del Gobierno Federal, confinado en un rincón del
Norte del territorio.

Injusticia grave sería desconocer que tratándose de in-
vasiones extranjeras, la mayoría de nuestro pueblo ha dado
siempre heroicas y ejemplares pruebas de solidaridad, de pa-
triotismo y de disciplina, bajo la dirección del Supremo Go-
bierno; desgraciadamente, no puede decirse lo mismo de las
clases directoras, aun del bando republicano, que ni en los
momentos angustiosos de la lucha con la Intervención, su-
pieron dominar su díscolo provincialismo y hacer á un lado
las rencillas de campanario. Calcúlese por esto lo que ha-
rían una vez alejado el enemigo extraño y en plena anar-
quía, dizque por la legalidad.

Incidentes como el que vamos á relatar, debieron ser
para un espíritu perspicaz y observador, como el del General
Díaz, claras y suficientes revelaciones del falso concepto del
federalismo que entonces imperaba, y de las funestas conse-
cuencias que traería consigo, de no rectificarse el error.

Al llegar á su propio Estado natal, después de su prime-
ra evasión de Puebla, iba investido con plenos poderes y
llevaba idéntico fin de reorganizar el ejército y reanudar la
campana; pero el Gobernador de Oaxaca, D. Ramón Cajiga,
y su Secretario, D. José Esperón, se opusieron terminante-
mente á los designios del Gobierno Federal, escudándose con
la soberanía del Estado y declarando sin embozo, que á los
intereses particulares de éste convenía que permaneciera
neutral ante la invasión extranjera. Más tarde averiguó el
General Díaz que Cajiga estaba en inteligencia con el jefe
francés que mandaba en Tehuacán, y que en virtud de ese
pacto, se le había prohibido al General Félix que atacara
una fuerza liberal que había en Venta Salada.

Rechazado el invasor y triunfante la República, la dis-
cordia federalista renació más virulenta que nunca, fomen-
tada y aprovechada por los caciques ambiciosos, y alentada

por la impunidad que resultaba de la falta de vías de comunicación, de la inmoralidad de ciertos jefes militares y de la penuria del erario; faltas crónicas y según creencia general incurables, que reducían al Supremo Gobierno á la impotencia para dominar y escarmentar al caciquismo insolente y levantisco, y le convertían casi en rey de burlas. Vez hubo que cierto célebre mandarín fronterizo, llamado oficialmente por el Ministro de Guerra del Gobierno de Juárez, para tomarle cuentas de su conducta, contestara por telégrafo con una andanada de injurias soeces, que se devoraron en silencio y se dejaron sin castigo.

De no haber habido quien supiera poner remedio á este gravísimo y complicado mal, México hubiera acabado por desmembrarse en un puñado de republiquillas miserables, claudicantes y revoltosas; catástrofe tanto más posible, cuanto que del fraccionamiento de la confederación mexicana, hubieran resultado naciones—¡qué ironía!—mucho mayores y más viables y fuertes sin comparación, que las centroamericanas cuyo ejemplo es hartamente edificante.

Mas por fortuna nuestra, el General Díaz percibió con su poderosa intuición, á la vez que el peligro, los medios de evitarlo: ferrocarriles y telégrafos para acercar y poner en contacto á los mexicanos de las más apartadas regiones del territorio y enseñarles á amarse, á estimarse y á cumplir libre, honrada y conscientemente, el pacto de ser **uno para todos y todos para uno**; sublime ideal de los constituyentes que firmaron ese pacto en nombre del pueblo mexicano, cuando los disímboles elementos de éste, si no se odiaban, por lo menos se ignoraban y desconocían recíprocamente.

Los estadistas tan bien intencionados como poco prácticos que instituyeron de derecho el régimen federal desde los primeros años de independencia, no comprendieron que en aquellas condiciones era una utopía y á la vez un germen de disolución, el **e pluribus unum** con que soñaban. Así pues, sólo nos dieron un ideal por alcanzar, que no pocas veces se convirtió en bandera de rebelión, y que por esto llegó á creerse irrealizable. La verdad es que el General Díaz fué quien hizo posible el federalismo, y lo tornó de fu-

nesto y artificial, en beneficentísimo y castizo, apagando discordias, acortando distancias, creando intereses comunes, repartiendo equitativamente las cargas, comprometiendo la fortuna y el amor propio de los mexicanos de todas las regiones y de todos los partidos, en la suerte de la nación; y finalmente, haciendo efectivas y perceptibles para todos las ventajas de la unión y de la solidaridad, que hasta entonces no habían sido más que palabras vanas y aspiraciones inasequibles.

Unir á los mexicanos: he aquí el gran pensamiento político del General Díaz; pensamiento genial, gloria de su vida, eje de su administración, fundamento de su obra y origen de todos los bienes de que hoy goza México; pensamiento fecundo y matemáticamente infalible, porque la unión es la fuerza y la fuerza es la vida.

LA SITUACION ERA DESESPERANTE

Como consecuencia de los factores de desorden que hemos considerado hasta aquí, y de otros que no es del caso consignar, ya por su poca monta, ya por ser ajenos del fin de este libro, la situación de la República al terminar la guerra de Intervención, era más que peligrosa, desesperante. Cierto es que se había aniquilado y reducido á la impotencia al partido conservador, al que se le imputaba entonces y muchos siguen imputándole todavía, la responsabilidad íntegra de las convulsiones que agitaban al país; la reforma de las instituciones era un grandioso hecho consumado; y por último, se había reivindicado una vez más y de una manera decisiva y escarmentadora, la autonomía de la nación. Pero, ¿á qué precio?

El estado real y verdadero de México, poco después de haber alcanzado esa magnífica serie de triunfos, era exactamente el de un enfermo en quien se acabara de ejecutar á la perfección una de esas operaciones que con siniestra ironía califican de felices los cirujanos, porque con ellas consi-

guen el objeto inmediato de extirpar un tumor ó amputar un miembro, presa de la gangrena; pero que en cambio fracasan en lo principal, puesto que apresuran casi siempre la muerte del paciente, bien por el choque nervioso, bien por el envenenamiento de la sangre. Habíamos creído hallar la salud amputándonos aquellas partes del cerebro y del corazón, que pensaban y sentían con atraso de tres siglos y aquel miembro podrido que era el ejército que nos legó Santa Anna; nos habíamos arrancado de las entrañas aquel quiste de monarquía absurda, sembrado por la perfidia de Napoleón el pequeño; finalmente, habíamos substituido los órganos amputados con excelentes piezas ortopédicas de la mejor marca extranjera y en cuyo correcto funcionamiento cifrábamos nuestras esperanzas de vida. Conforme á la cirugía, todas esas operaciones fueron necesarias, urgentes y ejecutadas con rara destreza: felices, hablando en términos técnicos; pero la naturaleza, que parece empeñada en burlarse de la cirugía, no perdonó tan propicia ocasión de recordarnos que odia los saltos, las brusquedades y las violencias.

Afirmamos nuestra autonomía, mas por lo pronto fué á costa del aislamiento, mejor dicho, de la cuarentena universal, porque exceptuando la amistad interesada y á veces incierta de los Estados Unidos, el resto del mundo civilizado nos veía con horror y desprecio, aparentemente, por habernos atrevido á derramar la sangre preciosa de un Lorena; en realidad, porque no querían tratar con un pueblo que rehusaba pagar sus deudas, que no respetaba á los extranjeros ni se cuidaba de los intereses de éstos, que recibía á cañonazos á los reclamantes, y á quien la protección sistemática del coloso del Norte hacía inviolable. Es necesario reconocer que aun cuando no fuese justo, tal era el punto de vista desde el que nos consideraba el mundo europeo.

Confiábamos en el buen funcionamiento de nuestras flamantes instituciones, y el resultado desconsolador era que algo por venirnos grandes, como que no habían sido hechas á nuestra medida, y mucho por el agotamiento consiguiente al enorme y prematuro esfuerzo que nos costó adquirirlas, lejos de aprovecharnos de sus ventajas reales y de trabajar

en elevarnos á su altura, las habíamos convertido en fuente inagotable de controversias y querellas; con la agravante de no ser ya dos partidos distintos los que luchaban por el triunfo de las ideas, sino hombres del mismo bando los que promovían lamentables cuestiones de palabras, sin más finalidad que el logro de las ambiciones personales.

Por último, nos habíamos mutilado estóicamente para salvarnos de la gangrena de la discordia, y descubrimos con espanto que el morbo había infestado ya toda la sangre nacional, puesto que sin ideales altos ni motivos nobles, seguíamos riñendo y destrozándonos sobre la Constitución, por hábito, por enfermedad al parecer incurable y necesariamente mortal.

De estos hechos, cuya evidencia para nadie pasaba desapercibida, nacía la creencia de que aquella situación debía tener por fin lógico el naufragio y la pérdida definitiva de la nacionalidad mexicana. En efecto, sólo á los espíritus sencillos podía engañar el pretexto de la legalidad, que se invocaba como razón suficiente de las últimas convulsiones que trastornaron al país; por el contrario, para un buen observador, era incuestionable que existían otras causas más graves y profundas de agitación y de malestar—entre ellas las que expusimos ya—porque así como un organismo sano y robusto es refractario al contagio, del mismo modo los ambiciosos no hubieran encontrado eco entonces, como no lo encuentran hoy, si el agotamiento y la desorganización de la patria agonizante, no les hubieran ofrecido medio propicio para ejercitar su letal actividad de microbios patógenos.

Lo que excepto el General Díaz, nadie supo descubrir á tiempo, fué el remedio eficaz que requería el mal en aquellos angustiosos momentos; y si alguien lo descubrió, es obvio que no pudo ó no quiso aplicarlo.

EL PARTIDO LIBERAL HABIA CUMPLIDO SU MISION

Pero sería grave injusticia y aun más grave ingratitud culpar á los jefes del partido liberal, de la tremenda situación de la República á raíz de consumada la Reforma y asegurada la autonomía nacional; tanto montaría llamar asesino al médico que con puras intenciones cumple su deber estrictamente dentro de los alcances de su ciencia.

Así le cumplieron los grandes liberales mexicanos: al servicio de su noble causa pusieron todo su saber, consagraron su existencia íntegra y procedieron siempre con tan sincera fe y tan impecable probidad, que por estas solas consideraciones merecerían respeto y veneración, aun cuando se hubiesen equivocado, que no fué así. Por encima de todo esto, hay que ensalzar su desinterés, porque mientras un médico vulgar trabaja por hacer su fortuna, aquellos paladines de la libertad y del derecho sanearon de añejos cánceres nuestro organismo social, sin haberse manchado las manos ni con sangre inocente, ni lo que es más, con los inmensos caudales que por ellas pasaron.

Sería, pues, inicuo reprocharles que no hayan podido reorganizar y pacificar el país, después de haber reformado las instituciones absurdas que lo regían, y de haber reivindicado de paso la nacionalidad amenazada. Sobrado hicieron con habernos dado el sér, para que no tengamos derecho á reclamarles que no nos hubiesen dado también la manera de ser. Y sin embargo, lo intentaron en los breves momentos de tregua que les dejó la homérica lucha en que vivieron empeñados casi hasta el fin de su vida; pero ni esos momentos podían bastarles para llevar á cabo una empresa en sí larga y paciente, ni los grandes revolucionarios, por razón natural muy odiados, han podido nunca realizar obras de paz, que requieren indispensablemente el concierto de las voluntades y la serenidad de los ánimos.

Para acallar de una vez todo conato de inculpación á los caudillos de la Reforma, téngase presente que la obra por ellos iniciada y consumada en poco más de una década, ha

costado durante siglos ríos de sangre en el Viejo Mundo, y ha consumido allí la existencia de muchas generaciones de eminentes políticos, sin haberse realizado y consolidado como en nuestro país. ¿Por qué quejarnos, pues, de que la inmensa labor de nuestros liberales haya tenido defectos, ni de que haya producido la tremenda crisis á que antes aludimos? Añádase que algunos de los males que aquejaban á la patria, por cierto, los más serios, no eran consecuencia de la Reforma, sino muy anteriores á ella, y á lo sumo se agravaron con esta gran revolución, por haber sido forzoso descuidarlos como peligros secundarios, comparados con el supremo de dejar de ser.

Resumiendo, los caudillos de la Reforma tenían sobrada razón para estar exhaustos por lo titánico del esfuerzo que exigió de ellos la reconstitución de la República; pero aun suponiéndoles llenos de vigor y de aliento para seguir trabajando eficazmente en lo que el bien público requería, les incapacitaban para ello—necesario es repetirlo—su educación, sus ideas, sus convicciones, su vida entera, y, sobre todo, los rencores que habían provocado y vencido, pero que no les era dable apagar ni con su muerte, pues habrían de perseguirles hasta más allá de la tumba. Su altísima y espinosa misión estaba cumplida.

NO SE GOBIERNA CON LITERATURA

Acabamos de aludir á la educación de los políticos de aquel tiempo, como causa de los fracasos administrativos. En efecto, exceptuando á Juárez y á contados hombres de su época, que dieron muestras indudables de una gran capacidad gubernativa, desgraciadamente no aprovechada por el país, en parte por la fuerza de los acontecimientos, y en parte por las condescendencias de esos ilustres hombres para con la demagogia vocinglera y desorganizadora, los demás políticos coetáneos de aquéllos, pese á su fe, á su honradez y á sus buenas intenciones, adolecían de irremediables vicios de edu-

vación. Esto no es un reproche, porque nadie está obligado a ser genio ni á saber lo que no le enseñan; y es la verdad que todo lo que en la instrucción de esas generaciones faltaba de los conocimientos positivos indispensables para un estadista, conforme á las necesidades de los pueblos modernos, sobraba de literatura plagada de abstracciones, con fuertes toques del romanticismo que predominó en todo el siglo XIX, é inspiró las acciones de muchas celebridades europeas de esa centuria, á quienes tomaban por modelo las nuestras.

Puede afirmarse, sin temor de incurrir en exageración, que todos los errores de los muchos gobiernos ignorantes y de mala fe, que se sucedieron en el medio siglo de convulsiones, á partir de la consumación de la Independencia, y todos los fracasos de los pocos gobernantes honrados y patriotas que hubo en el mismo lapso, tuvieron por causas primeras uno de estos tres hechos, ó los tres, en formidable combinación: el concepto puramente subjetivo, literario y artificial que de la entidad **pueblo** estaba de moda entre los políticos de gabinete y que era opuesto en lo absoluto á las verdaderas condiciones del pueblo mexicano é inaplicable á las circunstancias reales de éste, que no estaba preparado á la Reforma; la errónea interpretación que se les dió durante largo tiempo y que les dan muchos todavía, á las palabras del genial y galante barón de Humboldt, acerca de las riquezas de nuestro territorio, confundiendo la producción con la producibilidad; y por último, la enorme extensión de este mismo territorio, complicada con su escabrosidad y con su carencia de vías naturales de comunicación.

En consecuencia, para pacificar y reorganizar la República, necesitábase un gobernante cuya inteligencia no se hubiese divorciado de la realidad, como la del buen Alonso Quijano, por las lecturas de caballerías—léase política metafísica—ni se hubiese ofuscado en el apasionamiento de la lucha, ni estuviese alucinada con la belleza teórica de instituciones hechas para otros pueblos y para otras circunstancias, que dicho sea de paso, hasta hoy parece que no existen ni pueden existir en este vil mundo. Volviendo á México, lo que le hacía falta era un caudillo, hombre de acción, no de



EL SEÑOR GENERAL DIAZ EN LA EPOCA ACTUAL

Ostenta la banda tricolor que es la única insignia de su alta investidura. Con este democrático y severo traje asiste á las grandes ceremonias de carácter civil, particularmente á la apertura de las Cámaras legisladoras, cuando se presenta á dar cuenta á de sus actos administrativos.

imaginación, que por haber vivido en íntimo contacto con el pueblo, más que por ser hijo de él, conociese profunda y **objetivamente** las cualidades y los defectos que caracterizan y distinguen al mexicano del francés y del inglés. Juárez fue hijo del pueblo, y, sin embargo, no le conocía suficientemente porque desde su infancia se alejó de su medio natural, y más tarde vivió confinado en los altos círculos políticos y abstraído siempre en las trascendentales cuestiones de orden constitutivo é internacional á que por entero consagró las poderosas energías de su sér.

Necesitábase al mismo tiempo un observador perspicaz que conociese la estructura y las peculiaridades del suelo patrio, de vista, de impresión personal, para que así tuviese idea exacta ó siquiera aproximada de lo que en realidad son nuestras ponderadas riquezas, y á la vez, de los formidables obstáculos que la naturaleza avara se complació en oponer á los que intenten apoderarse de ellas, cosa que aquí en nuestro país cuesta tantos sudores como en cualquiera otra región de la tierra, pese á las leyendas optimistas y aduladoras.

Necesitábase, finalmente, un activo emprendedor que hubiese recorrido de extremo á extremo el área dilatada de la República, para que por razón de sus campañas y de sus excursiones, supiese lo que costaba viajar y comunicarse en este país; por supuesto, no en diligencia, con escolta y bien provisto de equipaje, viáticos y mantenimientos, como era costumbre de los generales y de los potentados de esa época, cuando salían de expedición; sino á caballo, en el mejor caso, muchas veces á pié, perseguido y bajo el peso de la obligación tan angustiosa, como bien cumplida, de llegar á tiempo con las tropas ó de conducir á salvo algún convoy, precioso para la patria, y trasportarlo durante larga distancia, á través de escarpadas sierras, de abrasadores desiertos y de selvas inextricables.

EL GENERAL DIAZ REALIZO EL IDEAL DEMOCRATICO

Solamente por haber reunido las condiciones que acabamos de enumerar, sin tener en cuenta sus elevadas cualidades morales, el General Díaz estaba llamado á vencer en la magna empresa de la reorganización nacional.

Pero—se objetará—el General Díaz debía tener los mismos defectos de educación, propios de su tiempo.

Ciertamente, debía tenerlos, más no los tenía, porque todo el mundo sabe que es privilegio del genio sustraerse á las influencias y á los prejuicios del medio en que vive, hacerse superior á su tiempo, crear la ciencia que no encuentra hecha, y, en suma, vencer las dificultades y colmar los abismos que detienen y espantan á los hombres vulgares.

Por eso el General Díaz no se limitó á estudiar las necesidades de la entidad metafísica **pueblo**, en los textos del Instituto de Ciencias de Oaxaca donde hizo la carrera de abogado, ni se engolfó en la lectura de los libros extranjeros de moda, cosas ambas que no podían satisfacer su sed de verdad y de justicia; sino que acudió al gran libro de la observación directa, que muy pocos saben hojear, y allí conoció y estudió. asombrado por tanto dolor y por tan horrible miseria, las necesidades del **pueblo mexicano**, acerca de quien no corría impreso hasta entonces ningún libro veraz.

El inmortal manco de Lepanto dijo sabiamente que "quien anda mucho, ve mucho y sabe mucho." He aquí evidenciada la explicación natural, sencilla y lógica del éxito asombroso del General Díaz como pacificador. Es indudable que en sus largas peregrinaciones al través de la nación, desorganizada y miserable, debe haber percibido la idea clara y exacta de lo que este pueblo anhelaba, de lo que debía dársele y de lo que se podía esperar de él; así mismo, recorriendo la República desde el Bravo al Usumacinta, y del Atlántico al Pacífico, fue como debió el General Díaz descubrir en qué consistía la falacia de nuestras riquezas, y qué palabras mágicas era menester pronunciar para desencantarlas y resolver de un golpe el intrincado problema nacional:

unión, garantías y respeto á la propiedad, en lo moral; comunicaciones fáciles, irrigación y trabajo pacífico, en lo material. El dinero vendría por sí solo, con todo lo demás; y en efecto, vino y sigue viniendo á raudales, cada día con más confianza y buena voluntad.

Que el General Díaz no se equivocó en sus inducciones, lo proclaman y demuestran el crédito y el respeto de que goza la patria en el exterior; el progreso, admirable en conjunto, y casi uniforme de todos los órdenes de la actividad nacional; el prodigioso crecimiento de la riqueza pública; y, más que todo eso, el bienestar de las clases trabajadoras.

Relativamente á los disturbios cuyo pretexto era la legalidad, y que no teniendo por causa única la penuria, requerían otro género de solución, el General Díaz llegó inductivamente también y por idénticos caminos, antes que muchos políticos de gabinete, á la conclusión, hoy elemental y vulgar, de que no hay leyes intrínsecamente buenas ni malas, sino leyes adecuadas ó inadecuadas, ya por prematuras, ya porque perpetúen añejos errores ó estados sociales anacrónicos.

Omisión imperdonable sería pasar por alto la última razón, pero no la menos poderosa, del éxito del General Díaz en la empresa del engrandecimiento de México.

Siempre que es felicitado por su obra política, sabido es que declina el honor del triunfo diciendo modestamente que el pueblo le ha ayudado. Dice la verdad. Pero en haber sabido buscar y obtener el concurso popular está el mérito más relevante de la obra, porque la verdadera ciencia del gobernante consiste en dirigir y encauzar los impulsos del pueblo, siendo así que contrariarlos es un crimen, y galvanizar á una nación muerta, un imposible.

Gobernar con el pueblo y no contra el pueblo; humanizar el principio latino de que "el individuo es para la patria," completándolo y equilibrándolo con la fórmula sajona de que "la patria es para el individuo;" dar de mano á la política y consagrarse á la administración: he aquí los procedimientos geniales que sirvieron para realizar la idea de pacificar el país con el concurso popular; y es evidente que gobernar para bien general, ante todo y por sobre todo, sin distinción